

Sobre el lugar de la amistad en la vida moral

On the place of friendship in moral life

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

Universitat de Barcelona

aprevostim@ub.edu

Resumen: En la perspectiva de las concepciones éticas de Aristóteles y de santo Tomás, examinamos el lugar de la amistad humana en la vida moral, centrándonos especialmente en la cuestión de su relación con el fin último, la felicidad. Los amigos no son necesarios solamente por la indigencia y debilidad humanas, ni tampoco sólo como ayuda para mejor realizar la actividad contemplativa en que consiste la vida feliz, sino como objetos de contemplación en ellos mismos, a través de los cuales el hombre alcanza a conocerse a sí mismo y a la vez se complace en la existencia y en la vida virtuosa del amigo.

Palabras clave: Amistad, felicidad, contemplación, vida moral.

Abstract: Here, I examine the place of human friendship in moral life from the standpoint of Aristotle's and Thomas Aquinas' ethical conceptions. I focus especially on the question of friendship's relationship to happiness as the ultimate goal. Friends are necessary for people, not only because of some desire or weakness, or just as an aid to better carry out the contemplative activity of which a happy life consists; but rather, as objects of contemplation in themselves. Through friends we can attain self-knowledge while at the same time taking pleasure in their existence and virtuous life.

Key words: Friendship, happiness, contemplation, moral life.

Como es bien sabido, dos de los diez libros de la *Ética Nicomáquea* de Aristóteles están dedicados al tema de la amistad. Según la interpretación del texto aristotélico que, en su comentario, hace Santo Tomás de Aquino, al comienzo de estos libros (primer capítulo del libro VIII de la *Ética Nicomáquea*), el Estagirita inicia el tratamiento de este tema justificando ante todo la conveniencia de incluirlo en la filosofía moral. Así lo expresa el Aquinate:

Artículo recibido el 16 de enero de 2019 y aceptado para su publicación el 18 de marzo de 2019.

“Pertenece a la moral tratar sobre la amistad”.¹ La razón de esta pertenencia nos interesa directamente para el propósito de este artículo.

Según el análisis del texto que lleva a cabo santo Tomás, Aristóteles aduce seis razones. Dichas en resumen, éstas son: 1) la amistad es una virtud o algo relacionado con la virtud; 2) la amistad es algo máximamente necesario para la vida; 3) es además algo natural; 4) contribuye a la conservación del estado (la “ciudad”); 5) es como perfectiva de la justicia, y 6) no es sólo algo necesario, sino un cierto bien. Está claro que estas razones bastan para comprender que hay que tratar de la amistad en la filosofía moral, pero quizás no expresan lo más esencial. De hecho, parecen quedarse algo cortas si nos preguntamos qué relación tiene la amistad con lo realmente nuclear y determinante de la moralidad, es decir, con el fin último de la vida humana. En otras palabras, supuesto que para Aristóteles y santo Tomás el principio rector del orden moral es el fin último, el lugar de la amistad en la vida moral debería comprenderse desde su relación con el fin último del hombre.

Sin embargo, no hay entre las seis razones analizadas por el Aquinate ninguna referencia explícita al fin último. Aunque es verdad que puede deducirse de ellas alguna relación con él, sin embargo, no podría deducirse nada definitivo ni realmente satisfactorio. Esto se ve si tenemos en cuenta el fin en concreto. Pues el fin último, que es también lo que llamamos “felicidad”, es determinado por Aristóteles como contemplación y sabiduría. Santo Tomás le sigue fielmente en ello al expresarlo como “contemplación de la verdad”.² La cuestión que se nos plantea es, pues, la necesidad de establecer claramente la relación entre la amistad y la “felicidad especulativa” que ambos autores ponen como fin último de la vida humana, si queremos comprender adecuadamente el lugar de la amistad en la vida moral.

Entre las seis razones del Estagirita que antes hemos enumerado, vamos a detenernos un poco en la segunda, posiblemente la que más se acerca a lo que estamos buscando. Esta es la que se funda en que la amistad es “máximamente necesaria para la vida”.³ Pero habría que ver en qué sentido se en-

¹ *In Eth.* VIII, l. 1, 1538.

² *In Eth.* X, l. 10, 2087; l. 11, 2110. Véase también *S. Th.* I q. 26 a. 2 c., donde el Aquinate prueba que la felicidad de cualquier naturaleza intelectual creada consiste en entender. Lo hace a partir de la definición de felicidad dada en el artículo anterior: “el bien perfecto de una naturaleza intelectual, a la cual pertenece conocer su suficiencia en el bien que posee”.

³ ἀναγκαιότατον εἰς τὸν βίον (*Et. Nic.* VIII, 1, 1155a 5).

tiende esa necesidad de la amistad. Antes de proseguir, digamos que Aristóteles vuelve sobre la necesidad de tener amigos más adelante, en el libro IX de la *Ética Nicomáquea*, pero por el momento nos fijamos solamente en lo que dice aquí, en la introducción del tema y en el contexto de la justificación del mismo.

Comenta, pues, santo Tomás que la filosofía moral trata acerca de todo lo necesario para la vida. Pero la vida tiene necesidades muy diversas y la pregunta es inevitable: ¿en qué sentido es necesaria la amistad? Santo Tomás, tomándolos de Aristóteles, expone varios modos en que, según las circunstancias, tiene el hombre necesidad de amigos, pero no ofrece una razón esencial y universal, como deseáramos para nuestro propósito. En síntesis, el argumento es que, según las distintas situaciones de la vida, los amigos son necesarios a diferentes efectos, de modo que, en todo caso, siempre son necesarios. Ricos y pobres necesitan amigos; jóvenes y viejos necesitan amigos; y a los que están en la plenitud de la edad también les son necesarios. En efecto: los que poseen bienes exteriores necesitan amigos para usar en ellos de sus bienes, a modo de benefactores, y los necesitan también para conservar dichos bienes, lo que no es posible sin amigos; en cuanto a los que carecen de bienes, necesitan refugiarse en los amigos para poder vivir. Además, los jóvenes necesitan amigos que les ayuden a evitar el pecado, y los ancianos los necesitan para ayudarse en su debilidad. Por último, a los adultos en su edad perfecta les son útiles los amigos para potenciar su buena actividad, ya que “cuando dos colaboran, son más potentes: tanto en el quehacer especulativo intelectual, pues uno ve lo que el otro no consigue ver, como en el quehacer activo exterior, en el que máximamente se auxilian el uno al otro.”⁴ La conclusión de todo el argumento es, pues, universal, pero la necesidad de la amistad no ha sido determinada universalmente con una misma y común razón de necesidad. Además, parece que, en su conjunto, la necesidad que se menciona es más bien de tipo auxiliar e instrumental. Si pensamos en la vida contemplativa, que para Aristóteles constituye lo mejor a que el hombre puede aspirar y que realiza su perfección, parece que los amigos contribuyen a ella de manera importante, pues hacen posible elevarla a cotas más altas y así alcanzar más altos grados de perfección, pero no dejan de tener una función meramente auxiliar y más en la línea de los medios que del fin.⁵

⁴ *In Eth.* VIII, l. 1, 1540.

⁵ En *Et. Nic.* X, 7, 1177 a 27-b 1, donde Aristóteles aduce la autarquía del sabio, para

En su clásico escrito *Sobre la amistad*, Cicerón dice que ésta no surge en el hombre de alguna indigencia, sino de la riqueza en virtud, propia y ajena, pues nace la amistad cuando percibimos la virtud en aquellos con quienes podemos tener trato.⁶ Si ello es así, si la amistad nace “ex abundantia” y no “ex indigentia”, no parece que la razón de ser más profunda de la amistad sea sólo la ayuda mutua. Como dice la última de las seis razones aristotélicas, la amistad no es sólo algo necesario, sino un cierto bien. Sin embargo, ni el propio Aristóteles, ni santo Tomás en su comentario, aportan algo especialmente luminoso como explicación de esta sexta razón, limitándose a observar, a modo de constatación común, que la amistad es algo laudable y honesto.

Visto todo esto, nos podemos dirigir a continuación a un texto de santo Tomás, esta vez de la *Suma Teológica*, que incide muy directamente en nuestra cuestión. Se trata del artículo 8 de la cuestión 4 de *S. Th.* I-II, que se pregunta precisamente si para la felicidad se requiere la compañía de amigos. La autoridad de Boecio parece abogar por la afirmativa, pues dice: “no hay ninguna posesión gozosa de un bien sin consorcio.”⁷ Pero en la respuesta, el Aquinate distingue: “si hablamos de la felicidad en la vida presente”, los amigos son necesarios, pero “si hablamos de la felicidad perfecta que habrá en la patria”, no es lo mismo. En cuanto a la vida presente, santo Tomás se mantiene en la línea que ya conocemos de la *Ética Nicomáquea*,⁸ y observa que el hombre feliz necesita amigos, no porque le reporten ni utilidad ni placer, sino para poder obrar bien con ellos, beneficiándolos, para deleitarse viendo cómo les hace bien, y también para que le ayuden a hacer el bien. “Porque el hombre necesita el auxilio de los amigos para obrar bien, tanto en las obras de la vida activa, como en las obras de la vida contemplativa.”⁹

demostrar que es feliz, acepta en un inciso que sea mejor que tenga compañeros de tarea, pero no aclara más acerca del papel ni la razón de ser de tales compañeros.

⁶ Cicerón *De amicitia*, 27-29.

⁷ Parece que la cita corresponde en realidad a Séneca, que efectivamente dice esto en su carta sexta a Lucilio. Véase la nota al pie que aparece en la edición de Pedro Caramello (Marietti) de la *S. Th.* I-II, p. 29. No hemos podido comprobar, por otro lado, si Boecio se hace eco de esta sentencia en algún lugar.

⁸ Además del pasaje inicial del libro VIII, que ya hemos comentado, parece seguro que santo Tomás tiene presente también el pasaje del libro IX, cap. 9 de la *Et. Nic.*, que comentaremos más adelante.

⁹ “Respondeo dicendum quod, si loquamur de felicitate praesentis vitae, sicut philosophus dicit in IX *Ethic.*, felix indiget amicis, non quidem propter utilitatem, cum sit sibi sufficiens; nec propter delectationem, quia habet in seipso delectationem perfectam in operatione virtutis; sed propter bonam operationem, ut scilicet eis beneficiat, et ut

Volvemos a encontrar aquí la amistad como algo necesario para la vida en un sentido meramente auxiliar “para poder obrar bien”, con una sola pequeña alusión a algo distinto: el deleite de verlos cuando se les hace el bien. De hecho, aquí está insinuado lo que venimos buscando, como se verá más adelante, pero sin más explicación.

En cuanto a la felicidad perfecta de la vida futura, el santo doctor niega que exija la compañía de amigos como algo necesario. La razón es que “el hombre tiene toda la plenitud de su perfección en Dios”. Sin embargo, esto no implica una exclusión simple de aquella compañía de la felicidad eterna, sino que, conviniendo en ello con lo que juzga también san Agustín, le concede un papel concomitante, como una prolongación del goce en la presencia de Dios y como algo que contribuye al “encontrarse bien en la felicidad”.¹⁰ La perfección de la caridad en la bienaventuranza del cielo no exige intrínsecamente tener un prójimo a quien amar, además de a Dios, pues consiste esencialmente sólo en el amor de Dios. Pero supuesta la existencia de un prójimo, entonces del perfecto amor de Dios se sigue el amor al prójimo. La compañía de amigos, pues, no constituye esencialmente la felicidad de la patria, pero puede pertenecerle como algo concomitante a ella.

Llegados a este punto, necesariamente se nos presenta la consideración siguiente: la felicidad eterna incluirá la compañía de amigos en una línea colateral y accesoria, pero en la línea troncal y esencial de la relación con Dios, hay que decir que la amistad tiene también un papel capital bien notorio. Puesto que la caridad misma, que pertenece esencialmente a dicha felicidad, es precisamente, según santo Tomás, un cierto amor de amistad con Dios.¹¹ Recordemos las palabras del propio Jesús a sus discípulos en la cena del Jueves Santo: “Vosotros sois mis amigos, si hicieris lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos.”¹² Efectivamente, según argumenta santo Tomás, el amor de Dios que es la caridad cumple todos los requisitos que Aristóteles pone para que un amor sea considerado amistad, a saber: que sea amor de benevolencia y que sea recíproco, sobre la base de algún tipo de comunicación, lo que efectivamente se da entre Dios y los hombres.

eos inspiciens benefacere delectetur, et ut etiam ab eis in benefaciendo adiuvetur. Indiget enim homo ad bene operandum auxilio amicorum, tam in operibus vitae activae, quam in operibus vitae contemplativae.” *S. Th.* I-II q. 4 a. 8 c.

¹⁰ “Sed ad bene esse beatitudinis facit societas amicorum.” I-II q. 4 a. 8 c.

¹¹ *S. Th.* II-II, q. 23 a. 1.

¹² Juan 15, 14-15.

He aquí, pues, que desde el punto de vista supremo de la fe y de la teología, al fin último del hombre, la bienaventuranza eterna, pertenece una relación con Dios que, en cuanto a nuestra facultad cognoscitiva será de contemplación de la Verdad primera, pero en la línea de nuestra facultad apetitiva será precisamente una relación de amistad. Se puede decir, por consiguiente, que la visión beatífica consistirá en el conocimiento y contemplación de un amigo amado. Ahora, pues, en relación con nuestro propósito presente, podemos adelantar ya una primera conclusión, a saber, que la amistad, en su forma más eminente y perfecta, que es la caridad, tiene ciertamente un lugar bien definido y capital en la vida moral. La profundización y el desarrollo de este asunto coincidirán naturalmente con el tratado de la caridad.

Sin embargo, nuestro actual propósito no nos conduce por esta línea. La cuestión que deseamos abordar se refiere a la amistad con nuestros semejantes, y en el ámbito de la vida presente, no tanto en la vida futura. ¿Cuál es el lugar de la amistad humana en la vida moral del viador, en particular “si hablamos de la felicidad en la vida presente”, como decía santo Tomás? A partir de lo que hemos dicho de la bienaventuranza eterna, parece lógico que supongamos ante todo la existencia de una cierta analogía y que en la vida presente la amistad deba reflejar o participar en cierta medida de lo que ocurre en la vida eterna. Dado que en el cielo nuestra felicidad será la contemplación de un ser personal, amado y amigo nuestro, con quien tendremos comunicación de vida y comunión, nos deberemos preguntar si en la vida presente la relación con los amigos ofrecerá algo parecido para nuestra felicidad.¹³

La tesis que en este artículo nos proponemos exponer es que los amigos no sólo ayudan al hombre a realizar con más potencia y perfección las obras buenas en que consiste la vida moral, sino que además se sitúan en el orden del fin, por cuanto ellos en sus personas son objeto de la contemplación intelectual que según el Aquinate constituye la perfección del hombre y su felicidad. Esta tesis, sin ser especialmente destacada, se encuentra ya formu-

¹³ Incidentalmente, notemos que Aristóteles también discurre sobre esta materia considerando una analogía entre lo divino y lo humano, pero la orienta en sentido inverso al nuestro. Es decir, que puesto que Dios es feliz autárquicamente, contemplándose a sí mismo sin necesidad de amigos, concluye que el hombre tanto más sabio y feliz será cuanto más se le parezca y pueda prescindir de amigos para contemplar. Con todo, Aristóteles no da a esta conclusión un valor supremo y decisivo. Véase Pierre AUBENQUE “Sobre la amistad en Aristóteles”, p. 261.

lada en los escritos de santo Tomás, e incluso, lo que es más sorprendente, en los de Aristóteles.

Veamos, en primer lugar, Aristóteles. El lugar decisivo es el capítulo 9 del libro IX de la *Ética Nicomáquea*, donde aborda precisamente la cuestión “si el hombre feliz necesita tener amigos”. Con ello retoma y trata más a fondo lo que observaba en el pasaje inicial del libro VIII, que ya mencionamos. Lo interesante, la aportación singular de este capítulo, es que en él Aristóteles, más que hablar de una ayuda, habla de “contemplar” a los amigos, como lo primero que da razón de la necesidad de tenerlos. El verbo griego, repetido dos veces, es θεωρεῖν: el mismo que Aristóteles usa habitualmente para referirse a la actividad cognoscitiva intelectual, a la especulación en que consisten las ciencias de la verdad. Hemos de analizar un poco más detenidamente este capítulo.¹⁴

La estructura argumental del mismo, espléndidamente analizada por santo Tomás, es sencilla: Aristóteles plantea la pregunta, da una razón por la respuesta negativa, opone tres razones a favor de la afirmativa y finalmente resuelve examinando lo que hay de verdadero y de falso en la razón primera. Lo que hay de verdadero en dicha razón, cuyo fundamento es la autarquía del hombre feliz, es que éste no necesita amigos si nos referimos a los amigos por utilidad o por placer. Pero lo falso es que no necesite amigos de ningún tipo, ya que en realidad necesita amigos en relación con la virtud. Según Santo Tomás, Aristóteles demuestra esto último en dos lances: primero a través de razones morales, y después mediante una razón “más natural”. En la primera de dichas razones morales se halla la afirmación básica que nos interesa, aunque en el razonamiento de orden “más natural” se encuentran también observaciones importantes, que completan lo anterior e incluso le prestan un nuevo alcance.

He aquí el argumento primero y capital: Recuerda Aristóteles que la felicidad consiste en una actividad, y que ha de ser una actividad buena y placentera por sí, y además, que el ser algo propio es también fuente de placer. Por otro lado, dice que “podemos contemplar más a los demás que a nosotros mismos, y sus acciones más que las propias”. Entonces, puesto que el hombre feliz quiere contemplar acciones buenas y propias, se sigue

¹⁴ En el otro tratado aristotélico sobre la amistad que constituye el libro VII de la *Ética Eudemia*, se hallan consideraciones muy próximas a lo que vamos a ver en la *Et. Nic.*; particularmente en el capítulo duodécimo, donde discute el problema que parece oponer autarquía y necesidad de amigos. A pesar de su parecido interés, dejamos su análisis para otra ocasión, en aras de la brevedad.

que necesita amigos, ya que en ellos puede realizar mucho mejor este propósito. La necesidad de tener amigos se funda pues en la necesidad de la contemplación, concretamente de la contemplación de la actividad virtuosa en que consiste la vida feliz. En el comentario, santo Tomás completa un eslabón que no se halla explícito en el texto aristotélico. Aristóteles dice simplemente que el hombre feliz elige contemplar acciones buenas y propias. Santo Tomás, lo razona indicando que no podemos deleitarnos en lo que no conocemos, y es por ello que el hombre feliz quiere contemplar tales acciones.

Un tal contemplar (*θεωρεῖν*), aun siendo finalmente intelectual, sin duda debe ser a un cierto nivel o en un cierto grado un ver con los propios ojos. Conviene, por lo demás, resaltar que la concepción expuesta no es discordante con la que en el libro X sostiene Aristóteles, tratando ya de lleno sobre la felicidad, cuando la determina como la suprema y más excelente actividad del intelecto, esto es, la actividad “especulativa” (*θεωρητική*). Podría parecerlo, porque lo que propone contemplar en el amigo, su actividad virtuosa, pertenece al orden práctico y moral. Pero es que la actividad del hombre sabio y feliz no es teórica en el sentido en que lo teórico excluye lo práctico y lo técnico, sino que lo incluye. Se trata, en efecto, del conocimiento intelectual en cuanto la actividad propia de aquello “más divino en el hombre”, aquello a que corresponde “gobernar y dirigir y tener un conocimiento de lo bello y lo divino”.¹⁵

Notemos, además, que en el precedente argumento la contemplación del otro tiene un cierto carácter sustitutivo respecto a la contemplación de sí mismo. Cuando Aristóteles introduce la consideración de que “una de las cosas placenteras es lo propio”, tiende un puente entre el sujeto y su amigo, ya que el amigo es sentido como propio, alguien con quien uno se identifica, es decir, como “otro yo”. Dice Aristóteles que “todos los actos amistosos proceden de la relación consigo mismo, extendida después a otros.”¹⁶ Así, pues, la contemplación en que consiste la felicidad se dirige al amigo por cuanto primeramente se dirige hacia sí mismo.

Siguiendo con las razones que estamos viendo en el capítulo 9 del libro IX, Aristóteles ofrece, a continuación, como decíamos, un argumento más “natural”, es decir, fundado en la naturaleza del hombre, para mostrar que la felicidad requiere amigos. Santo Tomás dedica a este argumento la lección

¹⁵ *Et. Nic.* X, 7, 1177a 14s.

¹⁶ *Et. Nic.* IX, 8, 1168b 5s; VIII, 4, 1166a 1s.

undécima de su comentario. Conforme a su lectura, podemos reformular la argumentación de la manera siguiente:

El hombre feliz ha de poseer aquello que él elegiría tener, pues de otro modo padecería una carencia. Ahora bien, él elegiría tener amigos virtuosos, luego ha de tenerlos. Se prueba que el hombre feliz elegiría tener amigos: porque, ante todo, es un hombre virtuoso, y lo elegible y apetecible para el virtuoso es la propia existencia y la vida buena y virtuosa. Además, conforme a lo propio de la vida humana, que incluye sensación y pensamiento, es apetecible y deleitable para cada uno el percibir y entender que él mismo es y vive. Pues bien, añade Aristóteles que el bueno tiene para con el amigo la misma disposición que para consigo. Luego, para el hombre feliz y bueno es elegible y deleitable percibir y conocer el ser y el vivir del amigo. Esta percepción, que es de ambos, se produce en la convivencia y la comunicación de las palabras y el pensamiento.¹⁷

Si consideramos ahora por un momento este argumento, nos damos cuenta de que esta vez el amigo ya no es como un espejo en el que nos contemplamos mejor a nosotros mismos; pero sigue siendo objeto de contemplación. Pues aquí se trata de conocer la efectividad de su ser y su vivir, y de alegrarse y gozar de ello como de algo bueno. Tener amigos, pues, constituye felicidad porque nos hace ser conscientes de que otros seres buenos existen y viven, sienten y piensan, aman y obran, y esto es algo muy bueno.

Como se hace patente en los conocidos argumentos aristotélicos sobre la autarquía del sabio, la opinión de que la necesidad de amigos procede de la limitación humana es una opinión plausible, fácil de aceptar. Al menos, esto parece claro en una filosofía aristotélica aún no asumida por el cristianismo, en la que Dios es autosuficiente y feliz contemplándose a sí mismo, sin necesidad de amigos.¹⁸ Sin embargo, como señala Pierre Aubenque,¹⁹ el propio Estagirita cuestiona el argumento de la analogía con la divinidad y rechaza que el hombre sabio y feliz no necesite amigos. Con todo, Aubenque admite que es una carencia, una necesidad de mediación, lo que está en la base de la necesidad de amigos para el hombre, y por lo tanto algo fundado en la finitud humana. En efecto, el hombre no es capaz de autocontem-

¹⁷ 1170 b 10-12: συναισθάνεσθαι ἄρα δεῖ καὶ τοῦ φίλου ὅτι ἔστιν, τοῦτο δὲ γίνοιτ' ἂν ἐν τῷ συζῆν καὶ κοινωνεῖν λόγων καὶ διανοίας.

¹⁸ Cf. H.-G. GADAMER "Freundschaft und Selbsterkenntnis. Zur Rolle der Freundschaft in der griechischen Ethik". También nota Gadamer que el núcleo más hondo de la doctrina aristotélica sobre la amistad radica en la comparación con lo divino.

¹⁹ P. AUBENQUE "Sobre la amistad en Aristóteles", 261.

plación sin la ayuda del amigo en quien poder verse a sí mismo.²⁰ Esto es sin duda lo que se halla esencialmente en la primera razón “de orden moral” de Aristóteles, que hemos visto más arriba. Pero a nuestro entender, la última razón, de orden “más natural”, va más allá, ya que sitúa más plenamente la posesión del amigo en el orden del fin y no como un medio. En efecto, deseamos la existencia y la vida del amigo del mismo modo que deseamos la nuestra, en tanto que es percibida como algo bueno en sí mismo, y para ser consciente de ella queremos convivir y tratar con el amigo.

No es difícil reconocer el arraigo de estas tesis sobre la amistad en la definición más esencial de la naturaleza humana. En el libro I, capítulo 6, de la *Ética Nicomáquea*, Aristóteles ofrece la llave maestra de toda su concepción: la naturaleza de cada ente es el principio intrínseco de su movimiento, es decir, de su comportamiento o su actividad, y ésta es el fin al que se ordena su constitución natural. Puesto que la felicidad consiste en el bien superior, o sea, el fin propio, del ser humano, conoceremos cuál es ese fin si podemos determinar cuál es la obra o actividad que corresponde a su naturaleza, en la cual dicha constitución natural halla su realización más perfecta.²¹

En cuanto al hombre, no basta decir que el hombre es un animal racional. Efectivamente, es un viviente corporal, sensible y pensante, y por ello Aristóteles concluye que la felicidad ha de consistir en una vida conforme a lo más excelente en él, en una vida conforme al *logos*. Pero el propio Estagirita advierte que si el hombre tiene *logos*, es decir, palabra, es porque es un animal social. La palabra sirve para expresar lo útil y lo perjudicial, lo justo y lo injusto, y esto funda una forma de convivencia que es muy diferente de la de un enjambre de abejas o de cualquier animal gregario. Conocimiento racional, posesión de lenguaje y vida social van indisolublemente unidos en la naturaleza esencial del ser humano.²² Por ello, en un pasaje notable,

²⁰ Aunque no advierte más que este aspecto de mediación en la amistad humana, sin notar que el amigo pueda ser además objeto digno de contemplación por sí mismo. Según él, para Aristóteles el ideal de felicidad perfecta sería la divina, que es una vida de contemplación inmediata de sí mismo. El hombre, como no puede hacer esto, necesita la mediación que le ofrece el amigo.

²¹ Para una exposición más desarrollada, v. A. PREVOSTI MONCLÚS “La naturaleza humana en Aristóteles”.

²² Cf. el conocido pasaje de *Pol.* I, cap. 2. También en el propio libro IX de la *Ética Nicomáquea*, Aristóteles da sus argumentos tras haber declarado precisamente que “el hombre es un ser político y naturalmente dispuesto a la convivencia”: πολιτικὸν γὰρ ὁ ἄνθρωπος καὶ συζῆν πεφυκός (cap. 9, 1169b 18s.).

cuando Santo Tomás funda los preceptos de la ley natural en las inclinaciones básicas y primeras del ser humano, pone en tercer lugar como las que le son específicas en cuanto hombre, por su naturaleza racional, conjuntamente “la inclinación natural a buscar la verdad acerca de Dios y a vivir en sociedad.”²³

Permítasenos ahora pasar un momento de la autoridad humana a la autoridad divina. “No es bueno que el hombre esté solo”, leemos en el *Génesis*, dicho por Dios en medio de su actividad creadora aún no concluida y, desde luego, antes de la caída. La necesidad de compañía es algo que viene del principio; pertenece a la concepción originaria de Dios en su decisión de crear el género humano.²⁴ La primera creación de compañía para el primer hombre se ordena a la ulterior generación de más compañeros humanos. “Multiplicaos” ¿por qué? El ser humano es constitutivamente incapaz de “crecer”, de desarrollar sus capacidades y alcanzar aquello para lo que ha sido hecho sin la sociedad con otros seres humanos, sin tratar con ellos, hablar con ellos, cooperar, etc.

Especialmente importante, a nuestro juicio, es notar que la misma máxima socrática “conócete a ti mismo” no podría ser cumplida sin la comunicación con los demás. No sabemos lo que nosotros somos exclusivamente a partir de nosotros mismos, a partir de un autoexamen o un esfuerzo de reflexión, sino a través de lo que los demás, desde la más tierna infancia hasta el fin de nuestra vida, nos muestran y nos devuelven, acerca de nosotros mismos, por cualquiera de los medios de comunicación humana existentes.

La amistad no es sino la plenitud de la relación específicamente humana, relación necesaria, entre seres humanos. Nuestra naturaleza, que nos ordena a un determinado fin, que es cierta actividad vital, prevé, por así decir, que tal actividad se ha de alcanzar necesariamente en sociedad, a través de la comunicación recíproca, de la unión de nuestras vidas en un proyecto común, y, por consiguiente, a través del amor que llamamos amistad. C. S. Lewis, en su capítulo sobre la amistad del libro *Los cuatro amores*, escribe que “la amistad surge fuera del mero compañerismo cuando dos o más compañeros descubren que tienen en común algunas ideas o intereses o

²³ S. *Th.* I-II q. 94, a. 2, c. Cf. Carmen CORTÉS PACHECO “La amistad política en Santo Tomás de Aquino: entre la justicia y la misericordia” p. 104.

²⁴ Véase la consideración de JUAN PABLO II sobre “La soledad originaria” en la audiencia general del 10-X-1979, publicada en *Varón y mujer*. Madrid: Palabra, 1995.

simplemente algunos gustos que los demás no comparten y que hasta ese momento cada uno pensaba que era su propio y único tesoro, o su cruz.”²⁵ Dicho sea de paso, este capítulo del escritor irlandés puede considerarse prácticamente como un desarrollo ensayístico, vívido, concreto y actual, de las ideas aristotélicas sobre la amistad.

La amistad, pues, se da por naturaleza en el ser humano y pertenece a lo culminante y final de su existencia. Así, la felicidad humana en esta vida requiere amigos, pues va a consistir en contemplarlos. Pero, ¿no desnaturalizamos la amistad, que es amor, si hacemos de los amigos objeto de contemplación? ¿No conduce nuestra tesis a un intelectualismo árido y parcial? No, si se entiende correctamente la relación entre amor y contemplación y el papel de la facultad volitiva en relación con la intelectual en la consecución del fin último del hombre. Fijémonos en que el amigo ha de ser contemplado, primero para que sea amado, y, segundo, una vez que es amado, porque lo que el amor quiere es sin duda su bien, pero también su presencia, la unión con él, y esta unión con él sólo puede ser una contemplación.

Admitamos, pues, con Aristóteles y santo Tomás, que la felicidad humana en la vida presente requiere la posesión de amigos, a quienes poder contemplar. Y esto pertenece a la vida contemplativa que constituye la sabiduría y la perfección del hombre. Confucio decía: “No me preocupa que los hombres no me conozcan. Lo que me preocupa es no conocer a los hombres.”²⁶

Está claro que no se trata aquí de la contemplación sensible, visual o auditiva, aunque obviamente ésta también tiene su papel. La contemplación del rostro y del gesto, la percepción de la voz y del tono, constituyen la primera captación del ser, del estado y de lo que ocurre en el interior misterioso del prójimo. Pero finalmente se trata de un conocimiento intelectual, y es por esto que ahora debemos preguntarnos cómo hay que entender concretamente esta “contemplación” en que culmina la amistad, que consiste en conocer al amigo con nuestro intelecto. La pregunta es importante, puesto que el orden de objetos en el que normalmente pensamos cuando nos referimos al conocimiento intelectual es bien diverso, es el de las verdades universales y necesarias de la ciencia y la sabiduría. ¿De qué modo, pues, el intelecto puede encontrar en la singularidad del amigo un objeto de contemplación que satisfaga sus requerimientos más altos?

²⁵ C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*, p. 77.

²⁶ *Analectas* I, 16.

Aristóteles y santo Tomás nos han indicado que en el amigo se pueden contemplar sus actos virtuosos, así como su ser y su vivir. A través de la convivencia y del diálogo, podemos ir desde lo exterior a lo interior. A partir de sus buenas acciones podemos contemplar sus virtudes. Podemos penetrar en el conocimiento de sus inclinaciones, sus deseos, sus ideales; podemos compartir sus gozos y sus penas. En una palabra, podemos contemplar su alma. ¿Es esto todo? Todavía no; falta decir explícitamente que en la amistad podemos contemplar aquello perfectísimo que es el ser personal.²⁷

Hemos de terminar explicando esto. Ya que la persona es el individuo de naturaleza racional, pero el conocimiento intelectual humano parece propiamente dirigido al conocimiento de las esencias, de lo universal y necesario, y de las causas. El amor al saber que pertenece a la naturaleza humana y que le empuja hacia la sabiduría, apetece por encima de todo el conocimiento de las primeras causas y el orden entero del universo, como lo expresa santo Tomás: “Ésta es según los filósofos la última perfección a que el alma puede llegar: que en ella se describa todo el orden del universo y de sus causas.”²⁸ En cambio, lo singular y meramente fáctico no parece despertar realmente demasiado interés para la inteligencia especulativa. Pero ocurre que los amigos son seres singulares, cuya existencia se presenta como puramente fáctica. Entonces, ¿cuál es el interés y cuál es la riqueza inteligible que se alcanza en la contemplación del amigo?

Creo que hay que responder básicamente con dos cosas: primero, que la verdad del ente personal es contemplada por nuestro entendimiento no sólo en cuanto a su naturaleza esencial, sino también en cuanto a su singularidad y su existencia, por el modo como el entendimiento conoce los singulares materiales, y también se conoce a sí mismo; y segundo, que en el ser personal hay una verdad más noble y más digna de ser conocida que en cualquier objeto esencial inteligible constituido en la línea del conocimiento universal de los entes naturales.²⁹

En cuanto a lo primero, hay que buscarlo obviamente en la línea de la doctrina tomista del conocimiento intelectual del singular. Francisco Canals ha expuesto magistralmente cómo el conocimiento del material singular y la *conversio ad phantasma* del entendimiento pertenecen a la misma

²⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, “persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, scilicet subsistens in rationali natura.” *S. Th.* I, q. 29, a. 3 c.

²⁸ *De Ver.* II, a. 2 c.

²⁹ F. CANALS, *Sobre la esencia del conocimiento*, p. 680.

vertiente experimental o perceptiva de la conciencia intelectual, por la que el alma se conoce a sí misma en lo que tiene de individual y existencial. El entendimiento, no es sólo una facultad captadora de esencias, aunque éste sea su acto constitutivo y propio, sino, además, capaz de conocer la existencia de los entes singulares, “de suerte que solamente ella es capaz de asegurar la presencia y posesión de su bien cuando este bien es un sujeto de naturaleza espiritual.”³⁰ El conocimiento del amigo, aunque obviamente incluye muchos aspectos inteligibles que son entendidos como el resto de las esencias, incluye también necesariamente, la captación de su existencia singular, de su presencia física y espiritual junto a nosotros, pues así le corresponde a un acto de amor.

En cuanto al segundo punto, recordemos que, como dice santo Tomás, no es la singularidad la que hace actualmente ininteligible el ente singular material, sino la materia. El conocimiento del amigo, aunque sea a través del cuerpo material y sus manifestaciones, propiamente se dirige a su ser espiritual, personal, y esto contiene mayor perfección y nobleza, y una verdad superior, y es más digno de ser contemplado que todas las naturalezas del universo.

Jaime Bofill expone este punto admirablemente en un artículo titulado “Contemplación y caridad”.³¹ La contemplación *beatificante*, dice, no puede ser la actitud abstractiva de la ciencia, que busca solamente leyes y tiene por indiferente cuál sea el sujeto particular en que dichas leyes se cumplan. Por el contrario, para él, la contemplación se refiere a algo individual y concreto, real y presente a mí en su propio ser. Puede haber en este sentido una contemplación estética, pero, además, hay una contemplación amorosa, que se sostiene en el amor de la persona contemplada, en el amor desinteresado de la amistad verdadera. Esta contemplación no es sólo un “mirar al interior del amigo”, fundado en la confianza recíproca, sino también un oír de él una palabra, de la que depende su felicidad. Y puesto que la inteligencia no es sólo un “entender”, sino también un “decir”, su última perfección, “su actividad final de la contemplación ha de definirse como un diálogo.”³²

Bofill habla simultáneamente de la amistad humana y de la amistad con Dios. Podemos desglosar los dos aspectos notando que, así como en el orden sobrenatural lo que llamamos vida contemplativa no es sino la que se

³⁰ J. BOFILL, “Contemplación y caridad”, en *Obra filosòfica*, p. 94.

³¹ Ya citado en la nota anterior.

³² *Obra filosòfica* p. 97.

dedica a la meditación de la Palabra de Dios y a la oración, en el orden natural, vida contemplativa será por analogía la que se dedique a la lectura y a la conversación y el diálogo con los amigos.

El lenguaje es sin duda el mediador esencial de la mutua contemplación entre los amigos. Los amigos desean convivir y comunicarse mediante la palabra y el entendimiento. Nos complace oír como nuestro amigo dice lo mismo que pensamos nosotros, aunque quizás con otros matices que nos enriquecen, o llegando mucho más lejos que nosotros. Quizás menos, (o no), pero también nos complace oírle cuando dice algo diferente, o que no compartimos, porque esto nos ofrece la oportunidad de poner a prueba, de confirmar o de corregir nuestras opiniones y de acercarnos conjuntamente un poco más a la verdad. Puesto que el diálogo se funda en el amor mutuo y, consiguientemente, se dirige benevolentemente a un fin común, a un bien que ambos deseamos, el conocimiento de la verdad. El lugar del diálogo sólo puede ser la amistad; si no hay amistad, si no hay amor entre los que hablan, no habrá un diálogo, sino a lo máximo una negociación. Por último, no sólo deseamos oír al amigo, sino que deseamos decirle cosas que llevamos en nuestro corazón. El acto es comunicativo de sí. El amor quiere comunicar el bien. El entendimiento es naturalmente locutivo. Y así la contemplación amistosa de que tratamos se cumple precisamente en el diálogo.

Dice Francisco Canals que no podría explicarse la felicidad del hombre, “si excluyéramos de la misma felicidad la comunión de vida interpersonal consistente en el amor de amistad, o si supusiéramos a los entes personales, capaces de conocerse y de amarse, como incapaces de ejercitar su comunión interpersonal en un diálogo impulsado por el amor de amistad, y ordenado a consumarlo en la donación comunicativa vivida en el ‘diálogo’.”³³

Con este conocimiento contemplativo del otro, a modo de otro yo -el amigo es otro yo-, el hombre se hace el otro, supera su finitud y soledad, e inserta su ser en un ser común a la vez que introduce el ser de los demás en su propia intimidad. Los hombres nos hacemos de algún modo uno, por la contemplación de amistad, y en la amistad política, que es otra dimensión de la amistad, todos nos hacemos todos. Como dice también C. S. Lewis en el escrito antes citado, la amistad “es el instrumento mediante el cual Dios

³³ *Sobre la esencia del conocimiento* p. 683. Sobre la capital tesis de Canals, de que el fundamento de la comunicación de vida humana que se realiza por medio de la palabra se encuentra en el subsistir personal, véase Enrique MARTÍNEZ “El subsistir personal, fundamento de la comunicación de vida humana”.

revela a cada uno las bellezas de todos los demás, que no son mayores que las bellezas de miles de otros hombres; por medio de la amistad, Dios nos abre los ojos ante ellas.”³⁴

La anterior exposición no pretende ser más que un esbozo, y aun fragmentario, de la materia, pero en todo caso hecho con el convencimiento de que atañe a una concepción extremadamente rica en contenido y en consecuencias.

Referencias bibliográficas

AUBENQUE, P. (2010) Apéndice I: Sobre la amistad en Aristóteles. En *La prudencia en Aristóteles*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 259-264.

BOFILL I BOFILL, J. (1950) Contemplación y caridad. *Revista de Filosofía* (C.S.I.C.), año IX, 33, 279-290. Recogido en BOFILL I BOFILL, J. (1967) *Obra filosófica*. Esplugues de Llobregat, Barcelona: Ariel, 89-97.

CANALS, F. (1987). *Sobre la esencia del conocimiento*. Barcelona: PPU.

CICERÓN (1975) *De amicitia*. Texto latino con traducción literal y literaria y notas históricas por Valentín GARCÍA YEBRA. Madrid: Gredos.

CORTÉS PACHECO, C. (2016) La amistad política en santo Tomás de Aquino: entre la justicia y la misericordia. *Espíritu* 151, 101-127.

GADAMER, H.-G. (1985). Freundschaft und Selbsterkenntnis. Zur Rolle der Freundschaft in der griechischen Ethik. En GADAMER, H.-G. (1991) *Gesammelte Werke*, vol. 7. Tübingen: Mohr, 396-406.

JUAN PABLO II (1995). *Varón y mujer*. Madrid: Palabra.

LEWIS, C. S. (2002). *Los Cuatro Amores*. Madrid: Rialp.

MARTÍNEZ, E. (2013) El subsistir personal, fundamento de la comunicación de vida humana. *Espíritu* 146, 311-333.

PREVOSTI MONCLÚS, A. (2011). La naturaleza humana en Aristóteles. *Espíritu* 141, 35-50.

³⁴ Op. cit. p. 101.